

Una de las ventajas que ofrece el libro de Laura Muñoz para quienes incursionan o se dedican al estudio de los orígenes del Estado mexicano, su política exterior y la cuestión de la seguridad nacional, es el enfoque geopolítico usado por la autora para analizar la región del Caribe, así como el papel desempeñado por los Estados Unidos en el proceso de construcción política del Estado mexicano.

La doctora Muñoz ofrece una argumentación teórico-metodológica, según la cual, el México recién independizado de España manifestaba interés por la zona del Golfo-Caribe, principalmente sobre Cuba -que seguía siendo colonia española- como punto estratégico desde el cual la antigua metrópoli podría acometer y vulnerar la soberanía mexicana. Cuba desde entonces se convirtió en un escenario para el desarrollo de la política exterior del naciente Estado mexicano. También fue lugar para el ejercicio político de las metrópolis (estadounidense y europeas) y algunas ex colonias vecinas, como fue el caso de Colombia.

De forma que Cuba -y coincido con la autora- se convirtió en el espacio natural para las rutas comerciales que ingresaban y despachaban mercancías entre América y Europa. Además, desde el siglo XIX hasta fechas no muy lejanas, se convirtió en una especie de “botín político”, como la base de operaciones y resquicio para los españoles; como el antemural para los mexicanos; la zona de equilibrio de poder para los estadounidenses, el área de protección para la entonces Gran Colombia, en Sudamérica y, comercialmente hablando, “perla del mar” codiciada por ingleses y franceses que aún pretendían mantener su presencia hegemónica en el Nuevo Mundo.

La relación bilateral de México y Colombia llama la atención en este estudio, ya que a pesar de que se hace alusión a ella en varias

páginas del texto, me parece que podría haberse abundado más sobre sus implicaciones regionales. Esta fue, en apariencia, menos importante que la que sostuvo la dirigencia mexicana con las principales metrópolis; pero es precisamente en este primer acercamiento diplomático manifiesto entre las dos ex colonias españolas, que convergen varios elementos de carácter geopolítico y de prospectiva, útiles para precisar por un lado, el manejo y la proyección de la política exterior de México y por otro, las intenciones reales de la entonces Gran Colombia al querer embarcarse, al igual que México, en la idea de emancipar a Cuba del dominio español.

Con respecto a esto último, imaginémosnos un mapa del área que comprende el Caribe, mediante el cual podemos visualizar que: primero, evidentemente la posición geográfica de la isla de Cuba en sentido horizontal y de frente al amplio territorio y a las aguas que comprende el Golfo de México, resultaban ser una razón suficiente para diseñar una estrategia de defensa y seguridad con el fin de evitar una reconquista española. De ahí la prisa de México por desalojar a los españoles de San Juan de Ulúa (Veracruz), último reducto controlado por éstos en su territorio. Para ello, fue indispensable establecer las alianzas necesarias para finiquitar la presencia de sus enemigos peninsulares tanto en este sitio como en la cercana isla de Cuba.

Por su parte, las costas del Caribe colombiano tienen como primera frontera las islas de Jamaica y Cuba. Ello hizo que en su momento la dirigencia política colombiana, con Simón Bolívar al frente, visualizara la necesidad de lograr una alianza con los ingleses en Jamaica, enemigos de la Corona española, para luego desalojar a los españoles que ocupaban todavía la estratégica isla cubana. Se trataba pues de crear un muro de contención desde La Habana, pasando por Jamaica para evitar o contener el regreso de las tropas españolas hacia la parte continental sudamericana.

Al conjuntar estas dos posturas se obtienen varios resultados. Por un lado, resulta más que evidente que el trasfondo del ejercicio diplomático de los mexicanos y de los colombianos en ese momento no fue simplemente el establecer una alianza de hermandad entre ex

colonias en Latinoamérica para defender a Cuba -como lo promovieron en las reuniones de Tacubaya y Panamá- sino que al hacer una lectura de carácter geo-estratégico se obtiene que, se trató más bien de aprovechar a un vecino, en este caso Cuba, para que tanto México como Colombia establecieran y concretaran una política de defensa a su soberanía.

Así pues, se puede deducir que el discurso de la libertad, de la unidad latinoamericana y del ideal bolivarista se quedó precisamente en eso, en el discurso ideológico, pues Colombia y México, carecían de los recursos materiales suficientes para promover un movimiento independentista en Cuba, pues como sabemos acababan de salir de su propia lucha de independencia contra la Corona española.

Sin embargo, en el caso de México queda claro que a partir de entonces se vislumbran, en la práctica de su política exterior, una serie de principios basados en la cooperación, la resolución de conflictos, la no intervención, los buenos oficios, etc., como telón de fondo para salvaguardar su soberanía e independencia frente a la intromisión de otros actores externos.

Además, si hiciéramos prospectiva de este mismo aspecto, nos daríamos cuenta que hasta bien entrado el siglo XX, la dirigencia política mexicana ha seguido utilizando esa misma estrategia cuando se presentó ya no en Cuba, pero sí en Centroamérica, como negociador en las conversaciones de paz a fin de superar el conflicto armado en esta zona que, de no detenerse a tiempo, podría haber trasladado sus secuelas allende las fronteras mexicanas, vulnerando su seguridad interna.

Un ejemplo más reciente fue el interés de México por participar en las conversaciones de paz entre el gobierno colombiano y las guerrillas de este país. Las pláticas de paz iniciadas en la década de los noventa y seguidas con algunas interrupciones hasta principios del 2000 mostraron los buenos oficios contenidos en los principios de la política exterior mexicana. Con ello también se buscaba preservar la seguridad interna de México y su relación con Estados Unidos, sobre todo en torno a un tema de seguridad hemisférica que compete a los tres países: el narcotráfico.

Ahora bien, regresando a la postura de Colombia a mediados del siglo XIX, la necesidad de acercarse a México tenía en términos pragmáticos la intención de ampliar su presencia en el Caribe para frenar los planes de reconquista de los españoles y, qué mejor que desde Cuba para recibir mayores aprovisionamientos comerciales, ideológicos y militares, por ser éste el centro portuario más importante que conectaba al Nuevo y al Viejo continente.

Por eso mismo, cuando ambas dirigencias (la de México y Colombia) conocieron los intereses de cada una sobre la isla de Cuba, la desconfianza diplomática se acrecentó y el acercamiento bilateral -que se había intensificado entre ambos países- se fue desvaneciendo.

Para concluir, considero que la obra de la Dra. Muñoz, deja abierta nuevas líneas de investigación que no fueron discutidas o agotadas del todo, pero que se pueden retomar. Por ejemplo, sería relevante profundizar en la importancia de las Sociedades Secretas tanto de Cuba como de México. Es un tema poco estudiado por la academia, pero que resulta determinante en los procesos de emancipación en la región; en la conformación de los partidos políticos y las organizaciones masónicas. De igual manera resulta relevante conocer el origen de tales Sociedades, sus fuentes de pensamiento, el carácter de sus líderes, su vinculación o no con la religión, sus propuestas y modos de acción para incidir en la toma de decisiones políticas.

Si bien el libro no se trazó como objetivo el análisis de la relación bilateral entre países que fueron colonias de España, lo cierto es que su lectura invita directa o indirectamente a reflexionar y conocer más de cerca el trasfondo político que motivó a México y Colombia a competir por su presencia en la isla caribeña de Cuba. Al mismo tiempo el texto problematiza muchas de esas “verdades absolutas” a partir de las cuales los estudiosos definen y catalogan los principios de política exterior como “idealistas”, apartados del pragmatismo, tal como sucedió con el famoso discurso bolivarista de la unidad latinoamericana, que en esencia contiene una fuerte dosis de pragmatismo apreciable cuando se relea la Carta de Jamaica.

El enfoque geopolítico hace valioso al libro, pues permite hacer prospectiva y reconocer el conjunto de estrategias que caracterizan a los Estados como actores políticos; su proyección frente a otras naciones, las tácticas empleadas para salvaguardar su sobrevivencia en un dinámico y anárquico sistema internacional. Finalmente, la geopolítica aplicada -como se aprecia a lo largo del texto-, permite hacer una lectura reflexiva y completa sobre hechos concretos frente al contexto histórico, espacial, político, económico, natural, estratégico e ideológico. Espero que estudios geopolíticos como éste sean retomados en nuevas investigaciones, a fin de que se problematize esa interacción entre el espacio que habitamos y las fuerzas que lo transforman a lo largo de la historia.

María del Pilar Ostos Cetina
Facultad de Ciencias Políticas y Sociales
Universidad Nacional Autónoma de México

